Aquel traje, que imprimia cierta dignidad, cuadraba perfectamente con el aire distinguido del jóven Plinio.

Su blanco y expresivo rostro, y su despejada frente, donde se leian como en un libro sus elevados y nobles pensamientos, resaltaban con el contraste de su luenga cabellera negra, peinada con delicado esmero, prestando á sus brillantes ojos, donde se revelaba la inteligencia, un atractivo irresistible.

Eutima tenia diez y siete años y un corazon sensible, dulce y altamente inclinado á la admiracion.

Plinio atesoraba las cualidades que ella reconocia como las mas dignas del hombre.

Eutima se sintió tiernamente conmovida á la vista de Plinio, y aquella emocion, como hemos dicho, llevó el carmin á sus mejillas.

La primera impresion que en el alma de la hija de Diómedes causó la presencia de Plinio, fué favorable.

No aconteció lo mismo en el corazon del hombre que estaba á su lado.

Este, por el contrario, sintió una aversion profunda por el distinguido jóven.

Se hubiera dicho al ver las mutaciones que se operaban en su semblante, que un odio antiguo se despertaba en su alma contra el recienllegado.

¿Por qué aquella aversion? ¿Por qué aquel odio?

¿Reconocian ambas cosas una causa?

La linda hija de Diómedes, sin notar el efecto que la presencia de Plinio habia causado en el que á su lado estaba, abrió sus purpurinos labios, y dejando ver unos brillantes y preciosos dientes, que parecian blancas gotas de rocío en el centro de un tierno y encendido clavel entreabierto al dulce halago del aura matinal, suplicó á Plinio que tomase asiento, indicándole uno próximo á ella.

—Estábais entregada á la lectura, lo mismo que este caballero, y siento haberos interrumpido—dijo Plinio aceptando el asiento.

—No existe realmente esa interrupcion, porque vuestra presencia y vuestra conversacion las considero tan adheridas á la obra que leia, que las reputo como la parte mas interesante de ella.

—Eso me hace creer que el autor se ha dignado ocuparse de mi humilde persona en ella.

—Nada de eso: el autor no os nombra, y sin embargo las páginas de la produccion hacen vuestro mas merecido y justo elogio.

—No comprendo.

—Dignaos pasar la vista por el título de la obra—dijo Eutima, mostrándole lo que leia.

Plinio se ruborizó. El carmin que asomó á su rostro era el carmin de la modestia sorprendida, que revelaba al hombre de verdadero mérito.

La obra que leia Eutima era una obra suya.

Plinio, como toda persona de esclarecido saber, carecia de vanidad, y su excesiva modestia le hacia ser desconfiado de sus obras.

Esto hacia resaltar mas y mas á los ojos de Eutima el mérito de Plinio.

¡Habia visto llenos de fatuidad y de orgullo á tantos medianos escritores, que creian llamar la atencion de la sociedad!

Plinio sintió una dulce satisfaccion al ver que su obra habia alcanzado la honra de hallarse en las manos de tan hermosa, distinguida y discreta jóven.

¡Es tan grato y halagador para el que escribe, ver que sus producciones logran la dicha de



llamar la atencion de esa bella mitad del género humano, dotada de la mas exquisita sensibilidad y de un gusto altamente delicado y tierno!

Pero esa satisfaccion está muy lejos de engendrar vanidad en el escritor de mérito. Halaga, sí, su corazon, porque no hay padre que no goce con los elogios y deferencia que los extraños consagran á sus amados hijos; pero esos elogios y esa deferencia, no producen en él bastardos sentimientos de necio orgullo, sino tierna, dulce, profunda gratitud hácia quien los favorece, y un vivo deseo de no caer de su gracia.

Plinio sentia de esta manera, y manifestó á Eutima, con ingenua sinceridad, la satisfaccion que experimentaba de ver que habia alcanzado su obra el favor de ser leida por una jóven que reunia, á la mas notable belleza, un juicio y un talento distinguidos.

Pero todo esto lo dijo tan bien, con tal delicadeza, con tal verdad y donosura, que Eutima no pudo menos que admirarle.

—Mi primo Marcio que está presente,—dijo Eutima mirando al hombre que estaba á su lado—puede deciros todo el encanto que yo he encontrado en vuestras producciones. ¿Es cierto?

—Con efecto—contestó el interrogado con siniestra intencion;—mi hermosa prima tiene una imaginacion tan viva y poética, que se entusiasma fácilmente.

—Eso indica—advirtió Plinio—que posee lo que su dulce y bello rostro revela: un corazon noble y sencillo.

Esta galantería tan natural como sincera, que fué acogida por Eutima con una sonrisa de agradecimiento, hizo un mal efecto en Marcio.

No queriendo, pues, pasar por menos galante que Plinio á los ojos de Eutima, contestó:

—Ciertamente que mi linda prima posee, como se lo he dicho mil veces, y no por adulacion, sino con toda la sinceridad que me caracteriza, un alma dotada de la mas exquisita sensibilidad; pero tambien le he repetido que en vez de entregarse á la lectura de cosas que no son mas que un pasatiempo, se ocupe en leer producciones de mas importancia y de mas provecho.

—Yo creo—dijo Plinio conociendo que á él se dirijia la alusion—que la hermosa Eutima tiene un juicio muy recto para persuadirme que será acertada su eleccion, y de que, si de vez en cuando se digna pasar sus ojos por producciones de la ninguna importancia de las mias, la mayor parte del tiempo alimentará su alma con la ciencia que encierran las obras de muchos y muy distinguidos escritores.

—Repito que vuestras obras contienen para mí todo el atractivo que pudiera apetecer, y que las prefiero á todas—dijo Eutima con seductora sinceridad.

—Mucho me lisonjea esa preferencia, y os doy las gracias por esa distincion con que os dignais honrarme.

Marcio se mordió los labios.

—¿Y quién te ha dicho, primo—añadió Eutima con una dulzura y una sencillez encantadoras—que la poesía, en medio de los hechizos y bellísimos conceptos que encierra, no lleva al hombre, á la vez que el placer en su mirífica forma, la instruccion y la moral en su fondo?

Marcio se sentia herido vivamente al ver que Eutima contrariaba su opinion y se mostraba favorable á Plinio.

Despechado por la preferencia que creia ver en ella hácia el distinguido jóven, dijo con aire despreciativo:

—¡La poesía!..... Los poetas!..... ¿Qué bienes han producido ni la una ni los otros á la sociedad?

—Permitidme, Marcio, puesto que no soy poeta, aunque algunas veces haya escrito insignificantes odas—dijo Plinio—permitidme, repito, que tome la defensa por los distinguidos poetas con que se honra la humanidad. ¿Decís que la sociedad no les debe bien ninguno? En mi humilde concepto, se los debe y muy grandes. Notable y selecta doctrina deben encerrar las obras de Homero cuando siete ciudades, Smirna, Chio, Colophon, Salamina, Rodas, Argos y Atenas, se han disputado el honor de haber sido su patria. Su Iliada y su Odisea son un tesoro de inapreciable precio en que desplegó el mas profundo conocimiento del corazon humano, y en que no se sabe qué admirar mas, si la sublimidad y fuego de su poesía, ó la elegancia y la dulzura de su estilo. En esas grandiosas producciones se ve al hombre que ha viajado mucho, y que ha examinado con la mayor exactitud cuanto merecia su atencion. Alejandro el Grande tenia constantemente la Iliada de Homero bajo la cabecera de su cama, encerrada en una caja guarnecida de piedras preciosas. No menos dignas de aprecio son, por la bella enseñanza que encierran y por la sublimidad del estilo, las églogas, las bucólicas llenas de sencillez y de gracias naturales, las geórgicas y la magnífica Eneida de Virgilio. ¿Y no merecen el respeto y la admiracion del mundo los distinguidos poetas Ennio, Eurípides, Horacio, Lucano y Séneca por las lecciones que á los pueblos dan en sus selectas obras?

Marcio no sabia qué responder.

La aprobacion que en el semblante de Eutima veia á lo que acababa de exponer Plinio, le humillaba.

La conversacion giró despues sobre varios puntos de puro entretenimiento, y Plinio pudo admirar el recto juicio, los nobles sentimientos y la alta capacidad de la hija de Diómedes.

Por su parte esta gozaba de una manera indecible con la grata y amena conversacion de su instruido interlocutor.

Acababan de conocerse, y sin embargo, se habia establecido entre ellos tal intimidad, por la armonía de sus pensamientos y de sus gustos, que se hubiera dicho que su amistad datab de muy lejos.

Nunca Eutima habia escuchado á un hombre mas elocuente ni mas sincero.

Por su parte Plinio, nunca habia encontrado una jóven que reuniese mas gracia, mas virtudes, ni mas belleza.

Los dos se hallaban enajenados de placer.

Solo Marcio sentia en su alma la desesperacion y la ira.

En aquellos momentos llegó Diómedes, y se dirigió á Plinio.

En el rostro de Eutima, así como en el de Plinio, se marcó una señal de pena.

Marcio advirtió aquella señal, y sintió oprimírsele el pecho.

Hubieran querido que aquella conversacion no hubiera terminado nunca.

—Perdonadme que os haya hecho esperar—dijo Diómedes dando la mano á Plinio.

—Vuestra tardanza, por el contrario, me ha proporcionado la mas alta de las satisfacciones: la dicha de disfrutar de la amena conversacion de vuestra recomendable hija.

Marcio se exasperaba con cada palabra pronunciada por Plinio.

—Muy satisfecho estoy—dijo Diómedes—del buen concepto que de ella manifestais haber formado.



—El que se merecen la virtud y el talento. Pero vos querreis instruirme del asunto para el cual me habeis llamado, y estoy dispuesto á escucharos.

—¿Tendreis la bondad de seguirme á mi *tablinum?* (gabinete en que se guardaban las escrituras).

—Estoy á vuestras órdenes.

—Vamos, pues.

Diómedes salió de la sala.

Plinio envió un afectuoso saludo á Eutima, que correspondió á él con una amabilidad encantadora, y en seguida envió otro á Marcio, que le contestó secamente.

—¿Te has propuesto matarme, Eutima?—exclamó el primo de esta en cuanto salieron Plinio y Diómedes.

—¿Por qué?

—Porque te amo, y tú te complaces en no corresponder á mi cariño.

—Pero, ¿á qué viene eso?

—Viene, á que has hecho mas aprecio de Plinio á quien has visto por primera vez, que á mí que no me separo de tu lado, y que á todas horas te estoy manifestando la pasion que te consagro.

—Ya te he dicho, Marcio, que hermosas jóvenes hay de relevante mérito en quienes debieras pensar mejor que en mí, que hasta ahora no he pensado en separarme de mi querido padre.

—Aunque realmente existiera alguna mujer, que no existe, que reuniese á la mas alta belleza, el talento, las virtutes todas y la riqueza, yo no podria amarla, porque mi corazon no me pertenece ya, porque es todo tuyo.

El anciano esclavo Medon se presentó en la puerta, y dirigiéndose respetuosamente á Eutima, le dijo:

—Vuestro padre, señora, os llama.

Eutima se alegró de aquella órden, que la salvaba de permanecer al lado de su primo.

—Te dejo, Marcio—dijo la jóven—mi padre me llama.

Y la hermosa salió de la sala.

Su corazon dió un vuelco dentro de su pecho al pensar que iba á ver á Plinio con Diómedes.

Eutima experimentaba una emocion agradable, desconocida hasta entonces para ella.

Marcio quedó disimulando su ira.